

# Revista

de

# Ciencias Económicas

PUBLICACION DE LA FACULTAD DE CIENCIAS ECONOMICAS  
CENTRO DE ESTUDIANTES Y COLEGIO  
DE GRADUADOS

---

---

La Dirección no se responsabiliza de las afirmaciones, los juicios y las doctrinas que aparezcan en esta Revista, en trabajos suscritos por sus redactores o colaboradores.

#### DIRECTORES

**Dr. Alfredo L. Palacios**  
Por la Facultad

**Ernesto Malaccorto**  
Por el Centro de Estudiantes

**Edmundo G. Gagneux**  
Por el Centro de Estudiantes

#### REDACTORES

**Dr. Enrique Julio Ferrarazzo**  
**Jacobo Wainer**  
Por la Facultad

**Máximo J. Alemann**  
Por el Centro de Estudiantes

**José Rodríguez Tarditi**  
Por el Centro de Estudiantes

---

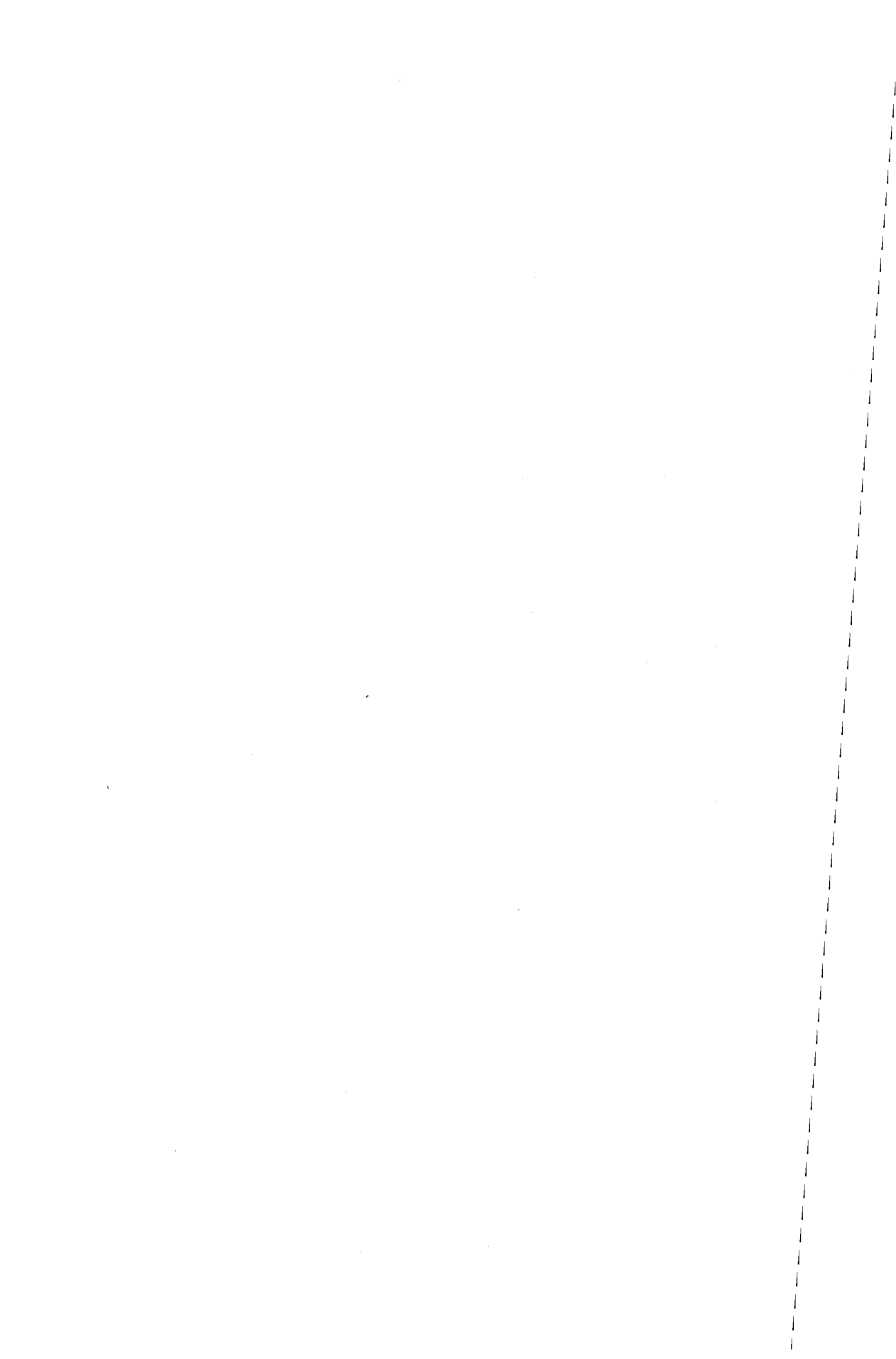
**Año XV**

**Agosto 1927**

**Serie II N.º 73**

---

DIRECCION Y ADMINISTRACION  
CALLE CHARCAS, 1835  
BUENOS AIRES



## Las Fuerzas Creadoras en la Economía Nacional <sup>(1)</sup>

Es creencia general, quizás fundada, que los contemporáneos pocas veces aprecian la obra de los hombres que ofrecen algún tributo a la patria, a las ciencias o a las artes, dejando el reconocimiento a las generaciones venideras. ¿Qué debe creer, y qué debe decir aquel que recibe sanción generosa y calificada por su modesto esfuerzo en la obra del bien público?

El edificio económico argentino construido sobre sólidos fundamentos, se ha levantado, como expondré luego, dentro de un inmenso invernáculo tutelar tal como el que protege hoy al histórico edificio de 1816. Desde comienzos de este siglo esa cubierta protectora, ya estrecha, principió a agrietarse, y más tarde, al influjo de vendaval inesperado, parte de la misma quedó destruída. Algunos hemos acudido a desmontar esa cubierta inconveniente y a señalar el modo de poner vidrios a las ventanas indefensas y techo propio a ese magnífico edificio, actuando en lo posible con nuestras propias manos. Es por eso, que en este momento histórico de nuestra economía, la tarea de tales obreros suele ser tan visible como la de mayor importancia y mérito, que otros realizan, al construir, con dignísimo esfuerzo, nuevas secciones, o bien aportando el comfortable mobiliario o las obras de arte.

Por otra parte, el dato económico preciso y numérico, la investigación positiva en el orden histórico y estadístico de la economía nacional, eran considerados aquí, hasta hace poco, como tareas subalternas, de difícil tecnicismo, de excesiva paciencia, y más o menos innecesarias. Se suponía, con demasiada frecuencia, que la genialidad y la inspiración criollas podrían suplir tan difícil y aburrida tarea, haciéndola innecesaria. Hoy mismo, son pocos los sociólogos y los hombres de estado que fundan su obra y su acción en la realidad económica y social documentada. Quiso el destino o la vocación personal que nos tocara la tarea de contribuir en esta Facultad y en la administración pública,

---

(1) Discurso del Ing. Alejandro E. Bunge, pronunciado en la Facultad de Ciencias Económicas el 19 de agosto, con motivo de su incorporación a la Academia Nacional de Ciencias Económicas.

a organizar y a orientar la información y la investigación metódica y numérica de los hechos económicos.

Todo ello ha de explicar la sanción que nos ha sido otorgada y que nos alienta a perseverar en el trabajo. Habréis de perdonarme que alguna vez en mi vida hable de estas cosas para expresar públicamente como lo hago ahora, mi profunda gratitud y mi reconocimiento hacia los que estimularon y estimulan, como ocurre con este acto y con las generosas palabras de presentación del destacado profesor y académico Dr. Vicente Fidel López, que mucho le agradezco; y al mismo tiempo para explicar o disculpar alguna vez la actuación universitaria de un hombre de acción, que está más en la vida activa del país que en la cátedra, más en el laboratorio que en la biblioteca, más en el periodismo que en el libro, y mejor en su mesa de trabajo que en un sillón académico.

Cuando en 1913 fuí invitado a ocupar una cátedra en esta alta escuela de Ciencias Económicas, hoy Facultad, creí que se trataba de una equivocación. Igual cosa ocurrióme en 1917 cuando recibí la visita del Dr. José Nicolás Matienzo para invitarme a dictar en la Facultad de Derecho de La Plata; le expresé que lamentaba la molestia que podría causarle su error por cuanto supuse había confundido mi casa y mi persona con la de alguno de mis hermanos abogados. Y esto, que en una o en otra forma, con tanta frecuencia me ha ocurrido, queda explicado con lo que acabo de exponer respecto del momento económico argentino, y de la necesidad de organizar una economía propia y los elementos de estudio en los cuales ha de cimentarse.

Pero si esto explica, no justifica del todo ciertas cosas y es por ello que he deseado dar alguna vez a conocer mi impresión personal sobre ellas. Permittedme hacerlo con la mayor llaneza, agregando a lo expuesto algunas frases más en este paréntesis, antes de dar comienzo a la materia de mi discurso; cuento con vuestra tolerancia, porque será brevísimo.

Cuando, sin más méritos que las circunstancias expuestas, y en ocasión de invitaciones de universidades y organizaciones comerciales de Alemania y de Estados Unidos, se le hacía al profesor o economista que habéis consagrado académico, objeto de las respetuosas atenciones que en aquellos países se estilaban para con los hombres de cierta edad y de cierto rango, ocurriáale buscar, discretamente, a derecha e izquierda, la persona a quien esas atenciones pudieran dirigirse, por cuanto las juzgaba más apropiadas para un hombre más o menos eminente que para un "muchacho" más o menos joven. Lo mismo ha de ocurrirme cuando se me llame "señor académico", porque presiento que ha de durarme mucho tiempo la vanidosa idea de ser en materia universitaria, algo así como un joven estudiante de aula, o de laboratorio estadístico, pese a la frecuencia

con que el destino me llevó a ocupar la cátedra. No he adquirido el aspecto externo y la solemnidad clásica del cargo; seré así un pésimo académico por fuera.

Pero lo grave es que seré también un pésimo académico por dentro, porque además de carecer de los merecimientos requeridos, si alguno pudiera tener no es de aquellos que tradicionalmente corresponden. Así como no soy, y espero en Dios, no seré nunca un hombre de "volumen", no soy ni seré un hombre elocuente, ni erudito, ni siquiera un hombre de ciencia... Es verdad que he hecho o hago incursiones en las materias sociológicas y en el derecho público, y hasta en forma sistemática y perseverante, pero nunca fué por la ciencia misma; ello habría requerido otras dotes. Fuera de lo que reclamaron mis estudios superiores profesionales, es solo la acción lo que me ha inducido y lo que me induce a acudir a la ciencia; como un método, como un medio y como un arma para esa acción constructiva, en el orden de una economía nacional propia, con finanzas públicas sanas y con producción creadora, obra a la cual me he consagrado, como sabéis, cual modesto tributo personal a mi patria.

Seré, pues, un mal académico por dentro y por fuera. Y si algo justifica la designación y la aceptación, será quizás el hecho de que esta Facultad y esta Academia, están particularmente vinculadas a la economía nacional, y que de sus aulas van saliendo los principales obreros del edificio económico argentino. Son ya muchos los jóvenes que están en la obra, y una de las mayores satisfacciones de mi vida de trabajo, es ver, ya, a varios de mis discípulos, realizando funciones superiores con el método de la investigación rigurosamente científica de los hechos nacionales.

Mi exposición de hoy no será tampoco una exposición académica; he preferido dedicarla a examinar en forma panorámica uno de los aspectos de la economía argentina, espontáneamente, tal como le ocurre al hombre de acción después de un examen retrospectivo a sus últimos trabajos experimentales. Examinaremos como se desarrollan las fuerzas económicas en nuestra tierra.

---

Las fuerzas creadoras de la economía nacional argentina se han presentado y desarrollado en nuestro territorio en una forma radicalmente distinta a cuanto ha ocurrido en otras naciones.

Haciendo abstracción de factores secundarios podemos considerar que el momento en que la raza caucásica pisó por primera vez lo que es hoy el suelo patrio, ofrece al observador que examina los hechos económicos con criterio histórico, la presencia de un verdadero continente. Las tierras, los ríos, los lagos, las costas marítimas y las montañas comprendidos dentro de las actuales fronteras políticas de la Argentina, abarcan todos los factores geográficos

cos necesarios para la vida moderna civilizada. Equivale ese territorio, en extensión y en naturaleza, a varios estados del norte, del centro y del sud de Europa y a varias de sus colonias subtropicales, todos reunidos dentro de ese límite político: el viene así a marcar, en un extremo del mundo, una unidad político-económica que no tiene igual sino en Estados Unidos y quizá en Rusia.

Esa es la primera característica y el primer factor de la economía argentina: el inmenso patrimonio territorial que constituye una unidad geográfico-económica.

Una segunda circunstancia digna a mi juicio de ponerse de manifiesto, es la de que ese inmenso territorio estuvo prácticamente desprovisto de seres humanos y de animales domésticos al momento de la conquista. La población indígena, escasa y rudimentaria, no ha tenido influencia directa en nuestra economía. En una suprema síntesis podemos considerar que este territorio aparece como absolutamente despoblado, cosa que no ha acontecido en el resto de América.

---

Los pocos valiosos animales domésticos abandonados en estas tierras, después de los primeros esfuerzos hechos para poblarlas, se reprodujeron en forma fantástica a la sombra de pastos abundantes y climas propicios. Los pocos vacunos que llegaron a mediados del siglo XVI se habían convertido en millones de cabezas que, ya en el siglo XVII pastaban libremente por estas pampas, tal como animales salvajes. Los indios no molestaron ese desarrollo, pues no supieron aprovechar su carne ni su cuero. Del mismo modo, aunque en menor medida, se propagaron los animales yeguarizos, que los indios aprendieron a utilizar, los mulares, los ovinos y los cabríos. Esta es, también a mi juicio, la tercera característica significativa de nuestra historia económica que puede definirse en estos términos: nuestro territorio se pobló de animales domésticos antes que de hombres.

---

Empiezan a llegar los blancos, en reducidísimos grupos y en inmigración lenta y van poblando el país como quien puebla un desierto pletórico de riquezas naturales y de animales valiosos, todo lo cual ocurre, en resumen en la siguiente forma: los europeos, con predominio de españoles, vienen sin esposas, debido a las dificultades de la larga navegación y toman por mujeres a las indígenas, a veces en forma prácticamente poligámica. Se forma así una población mestiza a la cual se agrega más tarde, en reducida proporción, alguna sangre africana: esa población recibe constantemente el ingerto europeo, aunque en proporciones reducidas, hasta mediados del siglo pasado, que aumenta después en forma considerable. El indígena desaparece paulatinamente, no absorbido por la nueva civilización ni

incorporado a ella en forma alguna, sino batiéndose en retirada. No adquiere significado económico y no deja más rastros que el de su sangre que corre en las venas de aquellos mestizos que, con los europeos, pueblan el territorio. Llegamos así a la fecha de la independencia, hace poco más de un siglo, a una población de medio millón de habitantes con minoría europea y mayoría de criollos, con algunos negros y zambos. Aquellos millones de cabezas de ganado constituyen la riqueza y el principal medio de vida de esa población de escasa capacidad económica personal y sin hábitos agrícolas.

Entramos así a la vida, como Nación, con tres fuerzas creadoras predominantes: territorio sin límites, ganados prácticamente sin límites y población escasa pero políticamente organizada como para recibir, bajo sus instituciones y dentro de su civilización propia, grandes aportes de raza blanca, es decir, en condiciones de asimilar y confundir con su propia vida grandes masas europeas.

Poco a poco vanse incorporando nuevos factores de riqueza y progreso: la conquista del desierto fértil, el alambrado, el molino, los frigoríficos, la mestización del ganado, el ferrocarril y la agricultura, por una parte; y por otra, la unidad nacional, los códigos, las escuelas y, simultáneamente, sobre todo a partir de 1870, las enormes corrientes de inmigración europea a que nos acabamos de referir.

---

Un puñado de hombres inteligentes, disponía así de un valor económico sin límites representado por esas tres grandes fuerzas: el enorme territorio, los numerosos ganados y la posibilidad de atraer y asimilar razas blancas. Son las tres primeras grandes fuerzas creadoras.

¿Qué hubiera podido significar el alambrado o el molino en otras economías? Algo muy secundario sin duda. Aquí, en cambio, significaron factores asombrosos de efectos semejantes a los de una varita mágica que hiciera surgir del suelo a su contacto inmensas riquezas. Estaban allí para ellos los inmensos campos fértiles con eximios pastos naturales, y los millones de animales domésticos en libertad. Ante tan enormes riquezas en potencia, tan a la mano del hombre, varitas mágicas resultaron los ferrocarriles, los toros puros, los frigoríficos: varitas mágicas resultaron también las usinas de gas y de luz eléctrica, los tranvías, los teléfonos, los puertos, los elevadores de granos, la navegación... todo caía sobre nuestro país como gotas de agua sobre sedienta esponja, como la semilla sana en la tierra virgen y fecunda: todo nos venía del cielo. Cada una de esas grandes fuerzas creadoras, principiando por la inmigración europea misma, llegaba algo así como providencialmente, y a raíz de geniales inspiraciones de España. Las primeras generaciones de la república abrieron brecha en el desierto, en la maleza y en la montaña, continuando la

aventura española, y lo hicieron con talento, con patriotismo y con brazo vigoroso a fin de que tales varitas mágicas encontraran orientación y camino.

Recuérdense las palabras activas y creadoras del inciso 16 del artículo 67 de la Constitución nacional:

Corresponde al Congreso: "Proveer lo conducente a la prosperidad del país, al adelanto y bienestar de todas las provincias, y al progreso de la ilustración, dictando planes de instrucción general y universitaria, y promoviendo la industria, la inmigración, la construcción de ferrocarriles y canales navegables, la colonización de tierras de propiedad nacional, la introducción y establecimiento de nuevas industrias, la importación de capitales extranjeros, y la exploración de los ríos interiores, por leyes protectoras de estos fines y por concesiones temporales de privilegios y recompensas de estímulo".

Pero las últimas generaciones, en particular la que muy cerca de nosotros nos precede, se acostumbraron a presenciar el maravilloso espectáculo de los raudales de riqueza que nacían al influjo de aquellas varitas mágicas, como si todo ello fuera tan natural y lógico y tan duradero, como las lluvias periódicas o como la salida diaria del sol.

Nuestra clase dirigente, la de nuestros terratenientes ganaderos, aportó también, en la generación anterior, con esfuerzo y mérito propios una fuerza creadora: supo mezclar los ganados hasta convertirlos en unos de los mejores del mundo. Ese fué su esfuerzo principal y en cierto modo excluyente. Todo lo demás llovía del cielo en terreno preparado por los conquistadores y por los geniales organizadores de la Nación.

Simultáneamente, con la mejora de los ganados, aparecía una enorme y nueva fuerza creadora, la agricultura en gran escala, como el resultado de la conjunción de dos grandes factores económicos nuevos: la inmigración europea, a raudales, después del 70, con predominio de italianos, y el ferrocarril. Mucho hay aún que esperar de la agricultura argentina de exportación y de la producción de granja y de los valiosos cultivos subtropicales, en particular del algodón. Pero el misticismo contemplativo de la última generación ha hecho que a nuestra ganadería y a nuestra agricultura no se le incorporen los instrumentos creadores modernos. Permítaseme leer lo que en la Primera conferencia económica internacional, celebrada en Buenos Aires en el año 1924, decía en un magistral discurso el eminente hombre público Dr. Manuel Augusto Montes de Oca.

"La última exposición rural, de asombrosa magnitud, sólo revela, a pesar de su grandeza, que el país tiene un fuerte núcleo de hacendados progresistas capaces de aportar, como lo han hecho, al mejoramiento de las razas de nuestro ganado, un caudal considerable de energías, de recursos y de inteligencias. Pero la industria ganadera en general, dentro del vasto territorio de la república, no ha adquirido una



importancia proporcional a la admirable riqueza de nuestros prados. Ni el animal vacuno ha llegado al peso medio que alcanza en otras regiones competidoras, ni se ordeña en la medida aconsejada por la avidez de los mercados consumidores; ni las ovejas dan la cantidad de lana o de carne obtenida en zonas respecto de las cuales no ha tenido la naturaleza la misma prodigalidad desplegada en nuestras pampas y en los valles de nuestras montañas; ni hemos radicado industrias auxiliares para utilizar las materias primas que suministra toda la ganadería organizada; ni sabemos siquiera si el número de cabezas aumenta o disminuye y si como consecuencia conviene mantener la actual libertad de importación o ponerle trabas a fin de conservar robusta la fuente originaria de nuestro desarrollo material. La agricultura, no obstante su expansión, tiene fallas harto conocidas, aún mayores, y por eso los cultivos son deficientes y los rendimientos pobres. Todas las industrias, en una palabra, se resienten de los inconvenientes propios de la forma en que han surgido: por espasmos, arranques súbitos, resoluciones repentinas, al favor de las facilidades de venta, sin previos cálculos ni previsiones, ni estudios científicos. El avance de las industrias, irregular e inorgánico, ha llegado a sintetizarse, es verdad, en cifras de alta entidad: pero esas industrias carecen por de pronto de fuerza expansiva bastante, porque al lado suyo, en adecuado paralelismo, no se han creado las instituciones complementarias indispensables para darles aliento. Faltan granjas modelo y consejos consultivos; falta difundir el seguro, fiscalizar las semillas; proceder a la "standardización" de los cereales; construir graneros; falta una estable política de aduana...; faltan, decía luego el Dr. Montes de Oca, medidas tendientes a buscar mercados propios a nuestros productos y a darles un amparo franco y abierto contra las asechanzas del dumping y demás ardides de la competencia desleal, y falta sobre todo organizar el crédito para modelarlo a las peculiaridades de las industrias, especialmente las rurales, ya que su presente estado entraña un peligro positivo para el productor compelido a defenderse contra las plagas y azotes de la naturaleza y al propio tiempo contra un estado caótico de crédito, cuyos errores, imprevisiones y a veces tiranías, constituyen para él otros azotes y otras plagas que lo aherrojan, lo maniatan, y hasta lo arruinan".

En los hechos que estas elocuentes palabras denuncian, han de encontrarse muchas de las causas de nuestra estabilización agrícola, que llega hasta el extremo de que de tres hectáreas por habitante que se cultivaban hace unos 18 años, hemos descendido paulatinamente a dos per cápita. Sin un mayor interés por las nuevas fuerzas creadoras, sin la construcción de nuevos ferrocarriles, sin la creación y la importación de nuevos capitales no habrá apreciable inmigración, ni apreciable aumento de la superficie bajo cultura.

Con el vigor que le caracteriza, el ilustre gobernador de Jujuy, don Benjamín Villafañe, calificó los hechos que surgen de aquella indiferencia, de "miseria de unpaís rico", de "política económica suicida" y de "país conquistado".

---

Teníamos en las generaciones anteriores la virtud de dejar llover y de dejar que el viento que soplaba desde el exterior propulsara nuestro molino económico. Inglaterra encontró en la Argentina uno de sus grandes asociados naturales; el mercado que había perdido a fines del siglo pasado para sus industrias era recuperado, para el presente inmediato, colocando en estos jóvenes y ricos países fuertes capitales representados por productos de su industria, y, para el futuro, aumentando la capacidad consumidora de manufacturas y la capacidad productiva de alimentos y de materias primas de este pueblo, destinadas al mercado inglés. Otros países europeos siguieron más tarde el ejemplo de Inglaterra; de esas asociaciones de fuerzas creadoras y de intereses armónicos surgieron la riqueza y el poderío argentinos, acentuándose de año en año la autonomía económica de este país, pese a la teoría política del significado social de la exportación de capitales.

La Argentina ha ido acentuando su autonomía económica a medida que en ella se invertían mayores capitales extranjeros. Y fueron ellos, sin duda, las más importantes fuerzas creadoras entre todas las que han preparado el terreno para nuestra economía propia. Economía que no será como la de satélite de astros, en un movimiento sideral de economía mundial organizada, sino como la de una unidad económica con gravitación propia y con destinos propios. No ya como la de una nación puramente asimiladora de capitales sino también como creadora de esa fuerza de producción. No ya como asimiladora de diversas razas sino como nación de raza propia y acrisolada. No ya, tampoco, como país que adopta la ciencia, la técnica y las artes de otros pueblos y la cultura de otras razas, sino como nación que crea, además, su cultura propia y que tiene también su técnica y sus artes.

Nada de esto debe inducirnos, sin embargo, a cortar, como quien corta un nudo gordiano o un conducto umbilical, la vida de relación económica y financiera con las grandes potencias con las cuales la colaboración fué y será fructuosa, en particular con Inglaterra y con Estados Unidos, sin prescindir de las demás. Necesitamos, todavía, esas corrientes de vida creadora que se asocia a la nuestra. Pero pareceme notar que una tardía y equivocada reacción está contribuyendo a que pongamos nuestro molino de canto al poco viento propulsor y que, por otra parte, demoramos ya demasiado en ir montando nuestra máquina propulsora propia.

Si bien no se forman ya nuevas y grandes organizaciones que, directa o indirectamente, representen nuevas fuerzas creadoras en nuestra economía, como podrían serlo grandes compañías de transportes ferroviarios, de buques mercantes de ultramar, o de transportes aéreos, o bien grandes compañías de caminos o de tranvías y fuerza eléctrica, o de edificación, o de nuevas manufacturas, las ya arraigadas y con larga experiencia, ven la necesidad y la posibilidad de ensanchar sus servicios y de mejorarlos. Pero el ambiente actual no les es propicio, no encuentran esas pocas iniciativas, la clásica acogida entusiasta y ágil: falta quizá la comprensión de la magnitud de su importancia: citaré algunos ejemplos:

---

En el orden industrial, aparte de valiosos cultivos subtropicales o industriales en crisis, la siderurgia, la metalurgia, todas las ramas de las industrias textiles, de hilados y de tejidos, de lana y de algodón, las de aceites, las de vidrio, las de artículos de la construcción y tantas otras, no pueden ensancharse con capital nacional y extranjero como es su propósito, porque no se les proporciona un régimen económico racional y estable, ni pueden contar con el propio mercado interno. Lo que esas industrias están presenciando es rebajas de los derechos aduaneros y proyectos de otras rebajas, aumentos de los impuestos y extensión de las leyes demagógicas de previsión social, enardecimiento de las exigencias y de las airadas intromisiones municipales y de las provincias, superposición de impuestos nacionales y provinciales, anarquía reglamentaria, trabas al comercio interestadual y, dicho en síntesis, supresión de las únicas y bien pobres barreras contra el "dumping" y encarecimiento de los factores del costo de producción, con relación al de países no gravados con tales cargas y trabas internas.

Otro ejemplo:

Las empresas de ferrocarriles tienen en proyecto 1.500 kilómetros de nuevas líneas, para cuya construcción sólo se espera que se lo permitan. Para apreciar la importancia de esa nueva fuerza creadora en perspectiva, bastará recordar las siguientes cosas: despiertan nuevas zonas a la producción agrícola diversa; provocan la división y la valorización de la tierra; dan trabajo directamente a decenas de miles de obreros hoy desocupados y preparan la ocupación para otros tantos en la zona de influencia; despertarán actividad en distintas zonas del país, entre ellas en los bosques de Santiago del Estero, con inversiones de cerca de un millón de pesos al mes en durmientes y postes, durante cerca de dos años y, posiblemente, por muchos años, de continuar esas construcciones, como es de esperar.

Todo cuanto se haga para permitir cuanto antes esas construcciones será contribuir a una nueva fuerza creadora. Debemos evitar, por otra parte, que pueda incurrirse

en el grave error económico que, prescindiendo de razones jurídicas y morales, significa la intención de construir líneas férreas de la Nación o de las provincias, para competir con las empresas que funcionan de acuerdo con leyes nacionales. Esto significa destruir riquezas y obligar al pueblo productor y transportador a que, con igual producción, sostenga los servicios de dos empresas paralelas y pague los intereses a dos capitales.

Veamos otro ejemplo de índole semejante, también de actualidad:

Los servicios de transporte de la ciudad de Buenos Aires deben ensancharse con varios subterráneos, con servicios regulares de ómnibus, responsables y bien organizados.

Las compañías que durante 50 años sirvieron leal e inteligentemente a la población de Buenos Aires, tienen concesiones y proyectos de subterráneos, pero no los pueden construir. Cuanto se haga para que eso se lleve a cabo en forma equitativa, será contribuir a una nueva fuerza creadora. No menos de 150.000.000 de pesos serían invertidos en pocos años y su mayor parte en salarios y materiales del país. No debe olvidarse tampoco que el aumento de los precios de todos los artículos en un período de treinta años, que llega a más del doble en su conjunto, tiene que influir en el precio del viaje de tranvías y que no es ni equitativo ni económico un criterio intransigente sobre la materia, respecto de la tarifa que rige desde tantos años atrás. También atenta contra esa fuerza creadora que representa el transporte bien organizado de la población de una gran ciudad, el olvido de que esos servicios sólo pueden ser eficaces cuando las concesiones les reservan el tráfico, evitando competencias tan antieconómicas como las de los ferrocarriles paralelos; la anarquía de los ómnibus, que se está tolerando, representa una infracción a esos principios económicos, morales y jurídicos. Como el asunto está en estos momentos a la orden del día, habrá de interesar la opinión sobre la materia, de los socialistas de Londres, emitida en un informe reciente del partido ("Labour Party", 31 de enero de 1927): cito una opinión socialista porque los socialistas dirigentes de nuestro país son los principales enemigos de la economía nacional y de nuestra realidad económica."

"Es perfectamente claro, dice ese informe, que la competencia entre los principales grupos de empresas de transporte de pasajeros de Londres — tranvías, ómnibus, subterráneos y ferrocarriles suburbanos — agregada a la competencia de los ómnibus independientes en contra de los ómnibus de la "Combine" (empresa combinada de subterráneos, tranvías y ómnibus), es sumamente antieconómica. La consecuencia de esta competencia es que el campo del tráfico que podría ser mucho más provechoso y eficaz de lo que es en la actualidad, resulta, bajo muchos aspectos, incompleto e ineficaz e involucra, para los propietarios, una ansiedad

financiera considerable. La antigua idea de que la competencia es beneficiosa para el consumidor es, con cierta reserva, errónea en cuanto concierne al tráfico de Londres. Todo el derroche de gastos improductivos originados por la competencia debe en general ser sufragado o por los pasajeros, bajo la forma de tarifas, o por los obreros del transporte, bajo la forma de sueldos inútilmente bajos: entre tanto, la inseguridad financiera de las empresas conduce a la limitación del desarrollo y de la ejecución de obras nuevas e impide, a la vez, la eliminación de un material rodante utilizable pero anticuado, con el resultado de que el pasajero se encuentra perjudicado en confort y conveniencia.

“Es ahora universalmente aceptado que el tráfico de pasajeros de Londres debe ser operado como un solo servicio coordinado, a fin de obtener una mayor eficacia y economía y de permitir el establecimiento de nuevos servicios que, bajo las condiciones caóticas existentes no son posibles pues no pueden resultar comercialmente remunerativos.”

Hasta aquí las palabras oficiales de los socialistas de Londres.

---

La forma en que una parte de la prensa y de los políticos están tratando en este momento los asuntos económicos y jurídicos que se relacionan con el petróleo, hace pensar, también, que corremos el riesgo de achicar esa nueva fuerza creadora. Son muchos los recaudos que reclaman los intereses fundamentales de la Nación en la materia y, entre ellos, está, a mi juicio, el de no invadir los derechos constitucionales de las provincias, ni las libertades de iniciativas industriales creadoras; sólo habríamos de resignarnos a renunciar a esos derechos y a esa acción creadora si no hubiera forma de conciliarlos con los supremos intereses de la Nación.

Fatigaría vuestra atención si me propusiera reproducir aquí más ejemplos. Como sabéis, me ocupó de ellos a diario, por lo cual, he aludido sólo a algunos de más visible actualidad. Trato de demostrar, como sabéis, que si no vemos aparecer nuevas fuerzas creadoras en nuestra economía nacional, ni ensancharse las ya clásicas, es en parte porque la máquina política y económica de las últimas generaciones está hecha para el “alto comercio de importación” y el muy anticuado y caro pequeño comercio, individual, de todo género, que se disemina como los hongos, por todas las esquinas y por los rincones de las ciudades y de los pequeños pueblos; y no para la producción, y para las industrias y las empresas creadoras.

---

Volviendo al pasado, recordemos que bastaron dos generaciones, transcurridas después de la constitución del 60, hasta el centenario de la independencia nacional, para que todas aquellas varitas mágicas, todas esas fuerzas creadoras de nuestra economía, formaran y presentaran al mundo una

nación organizada y fuerte, en pleno desarrollo, un pueblo de raza blanca asociado a un territorio de privilegio, que comenzaba a tener destinos propios en la vida internacional.

Llegamos a un momento de nuestra economía que equivale, según ya popularmente se lo califica, al del joven sano y fuerte al alcanzar su mayoría de edad. Diez millones de habitantes de raza blanca pura y entre ellos sólo medio millón de seres con escasos rastros de razas autóctonas, se asocian a esa unidad económica que les proporciona abundante y excelente alimentación de carne y pan blanco, que cuenta con un instrumento económico sano y suficientemente adelantado, y con buenas instituciones jurídicas y políticas ofrece posibilidades prácticamente ilimitadas para la iniciativa, el capital, la acción y el trabajo.

---

Pero he aquí, señores, que al desaparecer todas las ya citadas varitas mágicas que nos iba mandando la providencia, y la acción tutelar y de fomento del astro económico, nos encontramos como huérfanos y con una vida estabilizada. Nos ha sorprendido el cambio sin máquina interna propia. Y perdura ya demasiado ese optimismo histórico y, aquella mentalidad pastoril y mística hecha a la creencia de que así como nos llegaron cual fecundas lluvias, desde el cielo, los ferrocarriles, los frigoríficos, los capitales, así nos llegarán las cosas y las instituciones que hoy necesitamos para salir de este ya prolongado estancamiento. Más aún, al optimismo histórico se está asociando una especie de grito de Ipiranga, desafinado y a destiempo, en boca de reclutadores electorales que atacan al capital, a las industrias y al trabajo productor y creador.

---

No sé aún si será función de esta academia estudiar u orientar el estudio del actual momento económico. Si así fuera, estoy seguro que, como consecuencia de tales estudios, oíríamos decir entre otras cosas, para que lo oigan y aprecien los trabajadores del país y todos los hombres que producen y cooperan en la acción de las fuerzas creadoras:

Hace años que veis reducirse vuestras ganancias porque se ha elevado el precio de todo cuanto forma el costo de producción y ha bajado el precio de lo que nosotros producimos; estáis ya consumiendo vuestras reservas; los países que dirigen la economía internacional, que son predominantemente manufactureros, han conseguido, inteligentemente, que baje el precio de los alimentos y de las materias primas que ellos importan y que se mantengan relativamente elevados los precios de sus principales manufacturas; con esto, ha bajado el standard de vida de los que se concretan a producir cereales y carnes y se ha mantenido el nivel de vida de los que conciben, producen y venden predominantemente manufacturas; como no os habéis resignado a bajar del todo el nivel de vida — y hacéis bien en ello, por ahora — estáis consumiendo el capital; tened presente que cuan-

do cambiáis materia prima rudimentaria por manufacturas, compráis, con trabajo rudimentario y barato, trabajo más elevado y caro; os daremos de ello un sencillo ejemplo: por un metro de tejido de lana, hecho en Europa o Estados Unidos, lo pagáis aquí a 10 pesos y sólo contiene 350 gramos de lana argentina; al pagar los nueve pesos restantes compráis trabajo superior de obreros, de técnicos, de fletadores marítimos de otro país en lugar de comprar el trabajo técnico de vuestros compatriotas, que saben también hacer excelente paño; será, entonces, más útil que tratéis de cambiar la lana excedente por carbón o por hierro, en este caso típico, en lugar de cambiar lana por tejido de lana; será, entonces, más útil que aumentéis los ya valiosos esfuerzos por la eficiencia del trabajo que entreteneros en escuchar las arengas demagógicas de los agitadores y de los políticos puramente electoralistas; reclamad, vosotros los productores, los creadores de riqueza, los organizadores de capitales y de los grandes instrumentos modernos de trabajo, una mayor personería en los asuntos públicos y en la organización de la máquina económica del país.

Quizá veríamos alentar y ayudar a aquellos que se esfuerzan por llegar a un mayor dominio comercial de nuestros productos ganaderos y agrícolas, hasta con barcos argentinos; a los que luchan por crear nuevas ramas de la producción y por desarrollar la manufactura; a los que crean e introducen nuevos capitales propulsores, instando a los funcionarios que intervienen en el manejo del molino económico nacional, hoy de canto, a que lo pongan cara al viento.

Perdonadme, señores, si como consecuencia de mis empeños constructivos de quince años, para contribuir a la formación de una economía nacional argentina, me haya sentido inclinado a ocuparme, en este acto, de algunos aspectos de la materia, en forma panorámica. Me induce a ello la creencia de que esta Facultad, su Consejo Superior, su Academia y cada uno de nosotros, tendremos responsabilidad predominante en la formación de nuestra economía propia y creadora, todavía en formación.

**Alejandro E. BUNGE**

Profesor de la Facultad de Ciencias Económicas